

hora á torcer el curso majestoso que llevaba esta civilizaci6n cristiana, acaudalada ya con todos los despojos del mundo antiguo y pr6xima á invadir el nuevo. Y lo prob6 del modo m6s irrefragable, comenzando por analizar la noci6n del *individualismo* y el sentimiento de la dignidad personal, que Guizot consideraba característico de los bárbaros, como si no fuese legítimo resultado de la magna insauraci6n, transformaci6n y dignificaci6n de la naturaleza humana, traída por el Cristianismo. Y de aqué pasó á mostrar la obra santa de la Iglesia en dulcificar y abolir la esclavitud, en dar estabilidad y fijeza á la propiedad, en organizar la familia y vindicar la indisolubilidad del matrimonio, en realzar la condici6n de la mujer, en templar los rigores de la miseria, en dar al poder público la base inmovible del derecho y de la justicia venida en lo alto. No hay páginas más bellas y sustanciosas en el libro de Balmes que las que dedica á explanar el verdadero sentido del derecho y origen divinos de la potestad, y á disipar las nieblas de error y de ódio amontonadas contra la Filosofía cat6lica de las leyes.

En los artículos de sus revistas *La Civilizaci6n* y *La Sociedad*, en los mismos artículos políticos de *El Pensamiento de la Naci6n*, que son más concretos y de aplicaci6n más limitada á las circunstancias de España entonces, recorrió Balmes con admirable seguridad de criterio todos los problemas de derecho público, llamó á exámen todos los sistemas de organizaci6n social, y nos dejó un cuerpo de política española y cat6lica, materia de inagotable estudio. Cosas hay en aquellos artículos que parecen escritas con aliento profético, y que vemos ya cumplidas. Otras caminan á cumplirse, y quizá ni nosotros ni nuestros nietos agotemos todo lo que en aquellas hojas, al parecer fugitivas y ligeras, se encierra. Todo está allí dicho, todo está por lo ménos adivinado. Corren los años, múdanse los hombres, pero nuestro estado social permanece el mismo: *quodcumque attigeris ulcus est*. Todas esas llagas las vió y las tanteó Balmes, con ser su natural benévolo, y su alma cándida con la pureza de los ángeles. Pero su entendimiento prócer suplía en él lo que de malicia y experiencia del mundo podía faltarle. En alguna ocasi6n pudo equivocarse, juzgando personas: nunca erró, juzgando ideas. Sus palabras fueron de paz, sus proyectos de concordia entre cristianos, nunca de amalgama ni de transacci6n con el error. Dios no quiso que esos proyectos, tan halagüeños en lo humano, alcanzasen cumplimiento: ¡cuán investigables son los caminos del Señor! Quiera Él acortar esta dura discordia que nos trabaja, con risa y vilipendio de los

contrarios, á quien sólo hace fuertes nuestra miserable poquedad<sup>1</sup>.

Casi al mismo tiempo que caía, truncada en flor, la hermosa vida de Balmes (Dios perdone á los que aceleraron su término con bárbaras amarguras) comenzaba á levantarse la estrella del gran Donoso, que daba su adi6s postrero al doctrinarismo en aquel mismo año de 1848, buscando (como él decía) *nuevos rumbos en ciencias morales y políticas*. Y no fué largo el tiempo que tardó en buscarlos, porque su voluntad amaba ya lo recto, y sobre este amor y sobre los gérmenes cat6licos de su alma pasó un blando aliento de la Gracia, y circundóle de súbito luz del cielo, á cuyos esplendores vió clara la fealdad de sus antiguos ídolos. Desde entonces los quemó, y fué otro hombre: el gran Donoso, el único que la posteridad recuerda y lee, el orador de los extraordinarios discursos de 1849 y 1850, triunfo el más alto y soberano de la elocuencia española, palabras de fuego, no para España, sino para el mundo, reto valentísimo contra la gigantesca revoluci6n europea de 1848, que pareció anuncio ó precursora de los tiempos apocalípticos. Y apocalíptica era también la extraña elocuencia de los vehementísimos maldecidor, elocuencia cargada de electricidad próxima á reventar en tempestades, á ratos l6gica, á ratos sarcástica, á ratos profética, generalizadora, pesimista, fatídica..... No hubo lengua de Europa en que no resonasen aquellas palabras, que Metternich comparó con las de los oradores de la antigüedad, y que Montalembert puso sobre su cabeza.

La doctrina de los discursos es la del famoso *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*: el estilo tampoco difiere mucho: los mismos anatemas elocuentes, la misma propensi6n á vestir la verdad con el manto de la paradoja. Gran controversia suscitó el *Ensayo*: acusóse á Donoso de temerario, de fatalista, de místico, de

<sup>1</sup> Hé aquí la nota de las obras de Balmes, de todas las cuales hay multiplicadas ediciones que, por ser tan corrientes, no se enumeran, bostando advertir que la que manejo ha salido toda de las prensas del *Diario de Barcelona*, excepto el tomo de *Estudios Políticos*, de que hay una sola edici6n (Madrid, imp. de la Sociedad de Operarios del mismo arte, 1847): *Observaciones sociales, políticas y económicas sobre los bienes del Clero* (1840).—*Consideraciones Políticas sobre la situaci6n de España* (1840).—*El Protestantismo comparado con el Catolicismo, en sus relaciones con la civilizaci6n europea* (cuatro tomos, 1844).—*Escritos Políticos*.—*El Criterio* (1845).—*Filosofía Fundamental* (cuatro tomos, 1846).—*Filosofía Elemental* (cuatro tomos), en castellano.—La misma obra, en latín.—*Cartas á un escéptico*.—*La Civilizaci6n*, revista de Barcelona, en que colaboraron con él Roca y Cornet y Ferrer y Subirana (1842).—*La Sociedad*, revista que escribi6 él solo en 1843.—*La Religión, demostrada al alcance de los niños*.—*Pío IX* (1847).—*Escritos póstumos* (donde hay, entre otros muchos fragmentos, una teoría de lo infinito).—*Poesías Póstumas*.

En el *Pensamiento de la Naci6n* tuvo Balmes por colaboradores á Quadrado, García de los Santos y otros notables escritores cat6licos.

Acercá de la vida y obras de Balmes léanse los libros y Memorias publicados por Córdoba, Blanche-Raffin, García de los Santos, Roca y Cornet y Quadrado.

enemigo jurado de la razon, de teocrático y hasta de hereje. Hoy todo lo que se escribió contra el *Ensayo* está olvidado y muerto, y el *Ensayo* vive con tan hermosa juventud como el primer día. Algunas notas bastan para salvar los yerros de Donoso, y esas notas se han puesto cuerdamente, así en la edicion italiana de Foligno como en las dos últimas castellanas. Nadie se acuerda ya de los destemplados ataques del abate Gaduel, que obligaron á Donoso á acudir reverentemente á la Silla Apostólica. Pero aún reconocida la destemplanza y mala voluntad del crítico, tampoco es posible canonizar (ni nadie de sus mismos amigos y admiradores defiende) las audaces novedades de expresion que usó Donoso al tratar delicadísimos puntos de Teología, ni tampoco sus opiniones ideológicas, aprendidas en una escuela, que no es ciertamente la de Santo Tomás ni la de Suarez, sino otra escuela siempre sospechosa, y para muchos vitanda, que la Iglesia nunca ha hecho más que tolerar, llamándola al órden en repetidas ocasiones, y en el último Concilio de un modo tan claro, que ya no parece lícito defenderla, sino con grandes atenuaciones. En suma, Donoso Cortés era discípulo de Bonald, era *tradicionalista*, en el más riguroso sentido de la palabra, pareciendo en él más crudo el tradicionalismo por sus extremosidades meridionales de expresion. *Incidit in Seyllam, cupiens vitare Charibdym*. Por lo mismo que en otros tiempos habia idolatrado en la razon humana, ahora venia á escarnecerla y á vilipendiarla, refugíandose en un escepticismo místico. Del extremo de conceder á la razon el cetro del mundo, venia ahora al extremo de negar la eficacia de toda discusion, fundado en el sofisma de que el entendimiento humano es falible, como si la falibilidad, es decir, el poder engañarse, llevara consigo el engañarse siempre y forzosa y necesariamente. Siempre serán intolerables en la pluma de un filósofo católico, aunque se tomen por figuras retóricas y atrevimientos de expresion, frases como éstas, y no son las únicas: «Entre la razon humana y lo absurdo hay una afinidad secreta, un parentesco estrechísimo.... El hombre prevaricador y caído no ha sido hecho para la verdad, ni la verdad para el hombre prevaricador y caído. Entre la verdad y la razon humana, despues de la prevaricacion del hombre, ha puesto Dios una repugnancia inmortal y una repulsion invencible». Dígase, no obstante, en desagravio de Donoso, que quizá su palabra le arrastra donde no quisiera ir su pensamiento, y que cuando de tan rudísima manera arrastra y abate por los suelos á nuestra pobre razon, no quiere sino encarecer las nieblas y ceguedades, y la flaqueza y miseria que cayeron sobre ella, despues

del primer pecado. Pero es lo cierto que, tomadas sus frases como suenan, dan á entender que Donoso Cortés negaba en absoluto las fuerzas de la razon para alcanzar y comprender las verdades del órden natural. Decir que *la razon sigue al error á donde quiera que vá, como una madre ternísima sigue, á donde quiera que vá, aunque sea el abismo más profundo, al hijo de sus entrañas*, es pasar los términos de toda razonable licencia oratoria, y hasta injuriar al Soberano Autor, que ordenó la razon para la verdad y no para el error. Pues qué, ¿cuando un filósofo gentil alcanzaba por racionio la espiritualidad del alma ó la existencia de Dios, su razon se iba tras de lo absurdo con afinidad invencible? ¡A dónde iríamos á parar por este camino! Por muy embravecido que hubiesen puesto á Donoso contra la discusion las orgías parlamentarias y los folletos proudhonianos, no le era lícito ni conveniente (*nequid nimis*) reproducir las desoladas tristezas de Pascal ni las tesis del Obispo Huet de *imbecillitate mentis humanae*.

Otras cosas sonaron mal en el *Ensayo*. Eran impropiedades de lenguaje teológico, perdonables siempre en pluma láica y no avezada á tratar tan altas materias, ó bien genialidades y desenfados de estilo, inseparables del escritor, no nacido para la mesura en nada, y por esto de imitacion peligrosa. Unas veces decia: «El Dios verdadero es uno en su sustancia como el índico, múltiple en su persona á la manera del pérsico, *vário* en sus atributos á la manera de los dioses griegos». Y otras veces sostenia que «Jesucristo no venció al mundo, ni por la santidad de su doctrina, ni por los milagros y profecías, sino á pesar de todas estas cosas». Calamidad del estilo oratorio que se vá tras de la imágen, la expresion original, la paradoja ó la ingeniosidad, y que por lograr un efecto, no duda en sacrificar lo exacto y preciso á lo brillante.

Hablando de hombres de la estatura de Donoso, puede decirse sin reparos toda la verdad. La parte metafísica, la parte de filosofía primera, no es lo más feliz del *Ensayo*. Casi toda puede y debe discutirse, y quizá no haya entre los católicos españoles quien la patrocine y profese íntegra. Aun la misma doctrina de la libertad humana está expuesta por Donoso en términos peregrinos, y que pueden inducir á error al lector poco atento. Donoso se mantuvo casi extraño á la restauracion escolástica: su educacion era francesa, sus mayores lecturas, de publicistas de aquella nacion; de aquí la falta de rigor de su lenguaje. Lo que inmortaliza al libro es la parte de filosofía social. Quizá no haya en castellano moderno páginas de vida más

palpitante y densa que las que Donoso escribió contra el doctrinarismo, cien veces más aborrecido por él que el socialismo y el maniqueísmo proudhoniano, porque éstas al fin son teologías del diablo y traen afirmaciones dogmáticas sobre todos los problemas de la vida, al paso que esa escuela, «la más estéril, la menos docta, la más egoísta de todas.... escuela que domina sólo cuando las sociedades desfallecen..... impotente para el bien porque carece de toda afirmación, y para el mal porque le causa horror toda negación intrépida y absoluta.... nada sabe de la naturaleza del mal y del bien, apenas tiene noticia de Dios, y no tiene noticia del hombre». Pero su dominación es siempre breve: sólo dura hasta el solemne día en que «apremiadas las turbas por sus instintos, se derraman por las calles, pidiendo á Barrabás ó pidiendo á Jesús resueltamente, y volcando en el polvo las cátedras de los sofistas».

En vano críticos venidos de todas partes, así del Austro como del Aquilon, se han mellado los dientes en el *Ensayo*. Con tener éste tantos portillos flacos, resiste, sin embargo, y no es dado leerle sin asombro. En vano se dice que son pocas en él las ideas originales: la verdad siempre es vieja. En vano se recuerda que la teoría de la expiación y de la eficacia de los sacrificios sangrientos es remedo cercano de la apología del verdugo, como instrumento de justicia providencial, hecha por José de Maistre. ¿Qué importa? Las ideas son de todo el mundo, ó más bien, sólo pertenecen al que las traba por arte no aprendido, y hace con ellas un cuerpo y un sistema, y les dá forma definitiva é imperecedera. Y Donoso es originalísimo en la trabazon y en el sistema, por más que la regularidad geométrica del libro esconda, como tantos otros organismos, partes endebles y espacios huecos.

Completan la obra católica de Donoso su polémica con el duque de Broglie, y la carta al Cardenal Fornari sobre el parentesco y entronque de las herejías modernas. Pero digo mal: no la completan; la mejor corona de aquella vida, segada antes de llegar á la tarde, la mejor obra y el mejor ejemplo de Donoso, fué su muerte de santo, acacida en París, el 3 de Mayo de 1853. Dios nos conceda morir así, aunque no escribamos el *Ensayo*<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Obras de D. Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas, ordenadas y publicadas por don Gabino Tejado, Madrid, imp. de Tejado, editor, 1854. Cinco tomos en 4.º grande, con un extenso discurso preliminar del editor. Entre las traducciones extranjeras de Donoso merece especial alabanza la que hizo Luis Veuillot.

De los impugnadores liberales de Donoso, sólo merecen citarse su sucesor en la Academia Española, D. Rafael María Baralt (que hizo en el discurso de entrada crisis de las obras del di-

En torno de Balmes y Donoso se formaron dos grupos de discípulos y admiradores suyos, que ya en libros, pocas veces extensos, ya en la controversia periodística, mantuvieron izada la bandera de la fé y resistieron el empuje de la corriente heterodoxa. Fueron colaboradores de Balmes, Ferrer y Subirana, traductor de Bonald; Roca y Cornet, autor del *Ensayo crítico sobre las lecturas de la época, en su parte filosófica y religiosa*; el mallorquín D. José María Quadrado, insigne en la arqueología y en la historia; D. Benito García de los Santos, autor del *Libro de los deberes*, y el difunto lectoral de Jaen, D. Manuel Muñoz Garnica, cuyo nombre vivirá en dos excelentes libros, la biografía de San Juan de la Cruz y el *Estudio sobre la elocuencia sagrada*, que en gran parte es estudio sobre los místicos españoles.

En Cataluña hizo más prosélitos Balmes. Los periodistas católicos de Madrid se inclinaron con preferencia á Donoso y al tradicionalismo. Así Gabino Tejado, su mayor amigo, apologista y editor, así Navarro Villoslada, conocido antes y despues como egregio novelista *walter-scottiano*, áun más que como autor de la famosa série de los *Textos Vivos*, revista inapreciable del movimiento heterodoxo en la Universidad; así Gonzalez Pedroso, de cuya maravillosa conversión, virtudes singulares y altísimo ingenio se hacen lenguas cuantos le conocieron; poco escribió, pero basta para su gloria el discurso sobre los *Autos Sacramentales*, uno de los trozos de más alta crítica que han salido de pluma española.

Es difícil, casi imposible, reducir á número y poner en algun orden á los modernos apologistas españoles, y arriesgado y odioso tasar su valor comparativamente. En filosofía, el tradicionalismo duró poco, al paso que fué cobrando bríos la restauración escolástica. Comenzó en 1858 el jesuita P. Cuevas con sus *Philosophiæ Rudimenta*, ajustados en general á la doctrina de Suarez, y notables, sobre todo, por la importancia que en ellos se dá á la ciencia indígena. Pronto penetraron aquí las obras de los neo-escolásticos italianos. Gabino Tejado trajo, con mucha pureza de lengua, los *Elementos de Filosofía*, de Prisco. El mismo Tejado y Orti Lara, pusieron en castellano el *Derecho Natural*, de Taparelli. La admirable obra del na-

funto) y el filósofo espiritualista cartesiano de Béjar, D. Nicomedes Martin Mateos, que imprimió en un folleto *Ventiseis cartas al señor Marqués de Valdegamas, en contestación á los veintiseis capítulos de su «Ensayo»*.... (Valladolid, imp. de Marcos Gallego, 1851). 8.º X más 216 páginas.

<sup>2</sup> Recordado haber visto de pasada otra impugnación mucho más extensa (en tres tomos), con título parecido al del *Ensayo*: su autor un abogado catalán, demócrata: creo recordar que se llamaba Frexa. Al escribir estas páginas, no he podido haber á las manos su libro, que me pareció entonces de muy sospechosa doctrina.

politano Sanseverino, *Philosophia christiana cum antiqua et nova comparata* dió principal alimento á la inteligencia filosófica del Sr. Orti y Lara, que, además de su campaña anti-krausista ya memorada, publicó compendios de casi todas las partes de la Filosofía, y vários opúsculos, escritos con limpieza de estilo, no comun entre filósofos, v. gr., *El Racionalismo y la Humildad*, *El Racionalismo y la filosofía ortodoxa en la cuestion del mal*, *Tres modos del conocimiento de Dios*, *Ensayo sobre el catolicismo en sus relaciones con la alteza y dignidad del hombre*. Tambien debe incluirse entre los libros escolásticos la voluminosa obra del P. Yañez del Castillo, impresa en Valladolid con el título de *Controversias críticas con los racionalistas*, las *Analogías de la fé*, del Canónigo gaditano Moreno Labrador, y de fijo otras que no recordamos. Quien escriba en lo venidero la historia de la filosofía española, tendrá que colocar, en el centro de este cuadro de restauracion escolástica, el nombre del sábio dominico Fr. Zeferino Gonzalez, que actualmente ciñe la mitra de Córdoba, y que, muy jóven aún, asombró á los más doctos con sus *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás*, obra que, cuando los años pasen y las preocupaciones contemporáneas se disipen, ocupará no inferior lugar á las de Kleutgen y Sanseverino.

La teología española dió escasa muestra de sí en la gran controversia promovida en toda Europa por el escándalo literario de Renan: *Vida de Jesús* (1863). El ánimo se apena al pasar, v. gr., de los libros de Ghiringuello y de Freppel á la *Refutación analítica* del catedrático D. Juan Juseu y Castanera, tan árida y prolija, tan atrasada de noticias, tan anacrónica en el método, tan poco digna de la pátria de Arias Montano y de Maldonado. Algo más vale la del franciscano Fr. Pedro Gual, Comisario general de las misiones de su Orden en el Perú y el Ecuador <sup>1</sup>.

Ciertamente que ni las refutaciones de Renan ni la *Concordia Evangélica* del agustino P. Moreno (Córdoba, 1853) pueden dar sino tristísima idea de nuestra ciencia escrituraria á los extraños. Las únicas muestras de ella que podemos presentar sin desdoro son un

<sup>1</sup> Además se publicaron contra el libro de Renan una série de artículos de D. Severo Catalina en *La Concordia*, otra de D. Miguel Sanchez en *La Regeneracion* (coleccionados luego en un volúmen), un folleto de Ferrer del Rio (*Apuntes contra la titulada Vida de Jesús*), otro de Adolfo de Castro (*Ernesto Renan ante la tradición sagrada y profana*), y uno de D. Luis Vidart, católico entonces, aunque con puntas de católico liberal, y luego decididamente impio (*El panteísmo germano-francés*). En estos últimos opúsculos se ataca el sentido general del libro de Renan, pero no se descende á analizarla, y pienso que lo mismo acontece en *El pirronismo del siglo XIX* del presbítero D. B. M. y G. R. Todas estas publicaciones se hicieron entre 1863 y 1865.

libro sobre los *Evangelios*, que comenzó á salir en 1866, á nombre de D. M. B., y en años más cercanos el riquísimo *Manuale Isagogicum* del Sr. Caminero, docta y hábil condensacion de los más recientes estudios bíblicos. Pero esta obra, mucho más apreciada fuera de España que entre nosotros, é inmensamente superior á la *Hermeneutica* de Janssens, se publicó ya dentro del período revolucionario.

En cuestiones de historia eclesiástica puede y debe hacerse especial mencion, por no decir única, del docto catedrático D. Vicente de la Fuente, autor de la sola *Historia* de nuestra Iglesia que hasta el presente poseemos: obra de la cual existen dos ediciones, la primera más breve é imperfecta, publicada en 1855 por la *Librería Religiosa* de Barcelona como adiciones al compendio de Alzog, y la segunda mucho más extensa y nutrida, no acabada de imprimir hasta 1876, en que apareció el sexto volúmen. Bajando al palenque de las cuestiones canónicas hoy más debatidas, trituro el catedrático de Disciplina Eclesiástica de la Central los últimos desbarros regalistas en su libro de la *Retencion de Bulas ante la Historia y el Derecho* (á que dió ocasion la consulta del Consejo de Estado sobre el *Syllabus*), y escribió con buen seso y mucha doctrina, *De la pluralidad de cultos y sus inconvenientes* (1865) <sup>1</sup>, contestando al discurso de Montalembert en el Congreso de Malinas. En las obras de este fecundo y desenfadado canonista vive la tradicion, el espíritu y hasta las formas de nuestras antiguas áulas, siendo quizá el más genuino representante de una raza universitaria y un modo de cultura próximos á perderse. Las obras de la Doctora de Avila le deben laboriosa ilustracion, y no menos los anales de su propia pátria aragonesa.

Como canonista lidió tambien el P. Gual contra los restos del viejo jansenismo, publicando, con el título de *Equilibrio entre las dos potestades* <sup>2</sup>, una refutacion directa del enorme libro cismático de D. Francisco de Paula Vigil, *Defensa de la autoridad de los gobiernos contra las pretensiones de la Curia romana* <sup>3</sup>, obra de especiosa y amañada erudicion, hermana gemela del *De Statu Ecclesiae*, de Febronio, y de la *Tentativa Teológica*, de Pereira, y obra de tristísimo efecto, que aun hoy dura, en la política interior del Perú, donde el autor hizo escuela, sin que fuera óbice la condenacion de su doctrina, que pronunció

<sup>1</sup> De otros escritos más menudos de este infatigable defensor de la causa católica, ya se ha hecho mérito ó se hará más adelante; pero no debe pasarse por alto el opúsculo joco-sério de *La sopa de los conventos* (1867), que so capa de donaires encierra duras verdades, muy para medidas por filántropos y desamortizadores.

<sup>2</sup> Barcelona, 1852.

<sup>3</sup> Lima, 1848, seis volúmenes.

la Sagrada Congregacion del Índice, en Decreto de 2 de Marzo de 1853. El Obispo de Barcelona, Costa y Borrás, en polémica con Aguirre, completa el escaso número de nuestros canonistas ortodoxos que hayan publicado trabajos de alguna sustancia.

Como orador sagrado que ha recorrido casi todos los puntos de controversia, puede citarse al chantre de Valladolid, D. Juan Gonzalez, en la voluminosa coleccion de sermones que se rotula *El catolicismo y la sociedad, defendidos desde el púlpito*.

Los libros de filosofía social católica, publicados en estos últimos años, resiéntense todos, aun los mejores, del tono y maneras periodísticas y de la continua preocupacion de los negocios del momento, que turba y oscurece la serenidad científica, y quita perennidad y valor intrínseco á las obras. Más que libros con un plan previo y bien concertado, parecen series de artículos, y no se libra de esto la misma *Verdad del Progreso*, de D. Severo Catalina, que tenia entendimiento aun mucho mayor que sus obras, con valer estas tanto.

Despues de él, aún pueden mencionarse de pasada los dos libros de D. Bienvenido Comyn, abogado de Zaragoza, *Catolicismo y Racionalismo* y *El Cristianismo y la ciencia del Derecho en sus relaciones con la civilizacion*, y el de D. José Lorenzo Figueroa sobre *La libertad de pensar y el catolicismo*. El titulado *Del Papa y los gobiernos populares*, de D. Miguel Sanchez, es todo de política diaria y palpitante.

La negra condicion de los tiempos ha lanzado á los católicos al periodismo, eterno incitador de rencores y miserias, obra anónima y tumultuaria, en que se pierde la gloria y hasta el ingénio de los que en ella trabajan. Con todo, por la nobleza del propósito y por el desinterés literario que supone, conviene dedicar algun recuerdo á los papeles periódicos católicos, así diarios como revistas. Ya durante la guerra civil de los siete años, se publicó *La Voz de la Religion*, cuyo editor era un Sr. Jimena. Aparecieron luego *La Cruz*, *El Reparador* y la *Revista Católica*. Siguió Balmes con *La Civilizacion*, *La Sociedad* y *El Pensamiento de la Nacion*. Su colaborador, Roca y Cornet, redactó, por muchos años, en Barcelona, *La Religion*. Con ellos coexistió *El Católico*, que se daba á la estampa en Madrid, y nació *La Esperanza*, periódico de más larga vida, que fundó y dirigió D. Pedro de La Hoz. Más modernos fueron *El Pensamiento Español*, en que hicieron bizarrísima campaña Pedroso, Tejado, Villoslada y Orti y Lara. *La Regeneracion*, que dirigia Canga-Argüelles, asistido por D. Miguel Sanchez y otros, *El Pensamiento de Valencia*, redactado por Aparisi y Galindo de Vera, y *La Constancia*, periódico de la propiedad de

Nocedal, con quien colaboraron Selgas, Fernandez de Velasco y otros. Como revistas deben citarse (además de las de Balmes y Roca) *La Censura*, que dictaba casi sólo D. Juan Villaseñor y Acuña (1844 á 1853); *La Razon Católica*, que dirigia el P. Salgado, de las Escuelas Pias; la *Revista Católica*, que se publicó en Barcelona, bajo los auspicios de D. Eduardo María Villarrasa; *La Cruz*, fundada en Sevilla por D. Leon Carbonero y Sol; el *Semanario Católico Vasco-Navarro*; cuyo inspirador era el canónigo Manterola; los *Ensayos de Filosofía Cristiana*, de que no he visto más que el prospecto; *La Civilizacion Cristiana*, que fué órgano de los tradicionalistas y especialmente de Caminero.

Si á toda la labor esparcida en estas hojas, volantes como las de la Sibila, se añaden los esfuerzos de algunos oradores parlamentarios, pongo por caso Aparisi y Nocedal, y los sermones, pastorales y escritos polémicos de varios Prelados, v. gr. el Cardenal Cuesta, Arzobispo de Santiago (*Cartas á La Iberia, sobre el poder temporal del Papa*); el Obispo de la Habana, Fr. Jacinto Martinez, autor de un libro excelente acerca de la devocion de Nuestra Señora y el Obispo de Cahorra y luego de Jaen (hoy Arzobispo de Valencia), D. Antolin Monescillo, traductor de *La Simbólica*, de Moehler, quedará casi agotado lo más característico de la apologetica católica en el período que historiamos.

Propagáronse extraordinariamente las traducciones de libros católicos extranjeros. A la *Biblioteca de Religion*, protegida por el Cardenal Inguanzo, sucedieron la *Biblioteca Religiosa*, de que fué editor don José Félix Palacios; la *Libreria Religiosa*, fundada en Barcelona por el apostólico misionero D. Antonio María Claret, Arzobispo de Santiago de Cuba; la *Biblioteca universal de autores católicos*, propiedad de D. Nicolás Malo; el *Tesoro de predicadores ilustres*, y la *Sociedad Bibliográfico-mariana*, de Lérida, sin otras que no recuerdo. Con alguna excepcion levisima, las traducciones publicadas por estas Sociedades y Bibliotecas, de todo tienen ménos de literarias; hechas atropelladamente, no suelen pasar de medianas, y algunas pueden presentarse por el mejor dechado de galicismos y despropósitos. Pero así y todo, gracias á ellas, no hubo español que por bajísimo precio no pudiera saborear lo más exquisito de la literatura católica moderna, desde las *Veladas de San Petersburgo*, de De Maistre, hasta los *Estudios Filosóficos* ó *La Virgen María* y el *Plan Divino*, de Augusto Nicolás, desde las Conferencias del P. Ventura sobre *La razon filosófica y la razon católica*, hasta la *Teodicea*, de monseñor Maret, desde el *Catecismo de Perse-*

verancia, del abate Gaume, hasta la *Vida de Santa Isabel de Hungría*, de Montalembert, desde la *Exposicion del dogma católico*, de Genoude, hasta la *Historia de Jesucristo*, de Stolberg y las *Conferencias*, del P. Félix <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> En América, especialmente en Méjico, florecieron insignes apologistas como el Obispo de Mechoacan, Munguía; D. José Bernardo Couto, autor de un excelente discurso sobre la *constitucion de la Iglesia*; D. José Julián Tornel, que escribió de derecho público eclesiástico, y el elegante y clásico poeta D. José Joaquín de Pesado, que desde 1855 á 1858, riñó en las páginas de *La Cruz* la más heroica batalla contra el racionalismo y el socialismo, el liberalismo y la anarquía moral, dejando (como escribe su biógrafo Rox Bárcena) «un verdadero cuerpo de filosofía cristiana en sus artículos».

De un presbítero chileno, D. José Ignacio Elizaguirre, he visto una obra anti-protestante, de carácter estadístico: *El Catolicismo en presencia de sus disidentes*. (Barcelona, librería religiosa, 1856, dos tomos.)

En la rapidísima enumeracion que precede de autores y obras católicas, no he hecho mérito sino de los que han impugnado directa ó indirectamente alguna tendencia heterodoxa. Nada he dicho de los *Cursos teológicos*, que son pocos y nada originales, ni de los libros devotos y de piedad ascética, que son muchos más de lo que pudiera creerse, y constituyen una literatura enteramente desconocida del público profano. Un estudio completo sobre esta literatura sería empresa digna de tentar la ambición de alguien más aficionado que yo á nuestra bibliografía moderna.

No holgarán en dicho libro, si llega á escribirse, algunas noticias sobre los esfuerzos de restauracion católica, llevados á cabo desde el Concordato de 1851, restablecimiento de algunas casas religiosas y fundacion de nuevos institutos de admirable caridad (hospitalarios de Jesús Nazareno, Siervas de María, Religiosas de Nuestra Señora de la Esperanza, Adoratrices del Santísimo Sacramento, Hermanitas de los Pobres, Misioneros del Sagrado Corazon, etc., etc.).

## CAPÍTULO IV

### BREVE RECAPITULACION DE LOS SUCEOS DE NUESTRA HISTORIA ECLESIASTICA, DESDE 1868 AL PRESENTE

I. Política heterodoxa.—II. Propaganda protestante y heterodoxias aisladas.—III. Filosofía heterodoxa y su influencia en la literatura.—IV. Artes mágicas y espiritismo.—V. Resistencia ortodoxa y principales apologistas católicos.

#### I.—POLÍTICA HETERODOXA <sup>1</sup>

**D**ESDE 1868 á 1875 pasó España por toda suerte de sistemas políticos y anarquías con nombre de gobierno: juntas provinciales, gobierno provisional, Córtes Constituyentes, Regencia, Monarquía electiva, várias clases de república y diferentes interinidades. Gobiernos todos más ó menos hostiles á la Iglesia, y notables algunos por la cruelesísima saña con que la persiguieron,

<sup>1</sup> Este capítulo, que sólo añadimos en obsequio á la cronología, va á parecer un índice ó cronicon árido y descarnado, más bien que trozo de historia. A ello nos obliga, no sólo la extension material de este volumen, sino la consideracion de ser difícil, ó más bien imposible cosa, escribir con serenidad y de un modo completo acerca de hechos que nos tocan tan de cerca, y que por decirlo así, todavía no han acabado de cumplirse, y de personajes, que por no haber terminado aún la carrera de su vida, pueden, si Dios les toca en el alma, volver sobre sí y retractarse de sus antiguos errores. En tal situacion, mal puede el historiador formular un juicio definitivo. Añádase á esto que, abolida de hecho la unidad religiosa en España desde 1808, ningún interés, ó á lo sumo interés muy secundario, puede ofrecer aún á la codicia bibliográfica el cuadro de la heterodoxia triunfante y desbordada. La herejía sólo despierta curiosidad cuando lucha con un principio de represion enérgico.

Tal como es este capítulo, ó más bien anuario estadístico, no hubiera podido escribirse sin la diligente y benévola colaboracion de nuestros ilustrísimos Prelados, que, por sí ó por medio de sus Secretarios, me han remitido todos los datos que han podido allegar sobre el movimiento heterodoxo en sus respectivas diócesis, enriqueciendo grandemente los que yo habia podido adquirir. Son tantos y tales los que poseo, que quizá algun día me animen á dedicar especial y separado estudio á esta materia, que por ser tan extensa, rompería aquí la buena distribucion de la obra.